

honesta no hay quien la iguale, pues en lo que toca á ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto.

El señor don Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, que ella jamas escucha.

Muchos señores, y de título, han posado en esta posada, y apostata por hartarse de verla han detenido su camino muchos dias; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola, ni acompañada.

Esta es, señor la verdadera historia de la Ilustre fregona que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto.

Calló el huésped, y tardó un gran rato el corregidor en hablarle: tan suspenso le tenía el suceso que el huésped le habia contado; en fin, le dijo que le trujese allí la cadena y el pergamino, que queria verlo.

Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era asi como le habia dicho, la cadena era de trozos, curiosamente labrada: en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que habia de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras: E.T.E.L.S. N.V.D.D.R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas.

Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena habia dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entónces se contentó de llevar sólo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venia, ántes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder.

Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de la Ilustre fregona, como de su incomparable hermosura.

Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el corregidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamaron, estuvo Tomas fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el corregidor

se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu, volviéronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenían: no osó preguntar al huésped lo que el corregidor queria, ni el huésped lo dijo á nadie, sino á su mujer, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios, que de tan grande sobresalto la habia librado.

El dia siguiente, cerca de la una, entraron en la posada con cuatro hombres de á caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pié con ellos venian si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella.

Apeáronse los cuatro, y fueron á apearse los dos ancianos, señal por do se conoció que aquellos dos eran señores de los seis.

Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes; y apénas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro:

—Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar.

—Tomas, que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos á quien los demas respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no habria faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flándes, los hallarian.

Pero no se atrevió á dejarse conocer en aquel traje, ántes, aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro pasó por delante dellos, y fué á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y apriesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daria lugar para decirle nada, le dijo:

—Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyes llamar don Juan de Avendaño; infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomas de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido; y qué-

date adios, que hasta que ellos se vayan no pienso volver á esta casa.

No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cubierto como habia entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada.

Dió voces el huésped á Tomas que viniese á dar cebada; pero como no pareció, dióla el mismo.

Uno de los dos ancianos llamó aparte á una de las dos mozas gallegas, y preguntóla cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habian visto, y que si era hija ó parienta del huésped ó huésped de casa.

La gallega le respondió:

—La moza se llama Costanza, ni es parienta del huésped ni de la huésped, ni sé lo que es: sólo digo que la doy á la mala landre, que no sé qué tiene, que no deja hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa, pues en verdad que tenemos nuestras faiciones como Dios nos las puso: no entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa, y que no diga: bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las más pintadas, nunca peor me la depare la fortuna; y á nosotras no hay quien nos diga: ¿qué teneis ahí, diablos ó mujeres, ó lo que sois?

—Luego esta niña á esa cuenta,—replicó el caballero,—debe dejarse manosear y requebrar de los huéspedes.

—Sí,—respondió la gallega,—tenedle el pié al herrar, bonita es la niña para eso: por Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro: es más áspera que un erizo, es una traga avemarías, labrando está todo el dia y rezando; para el dia que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta; mi ama dice que trae un silicio pegado á las carnes, y que es una santa.

Contentísimo el caballero de lo que habia oido á la gallega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo:

—Yo, señor huésped, vengo á quitaros una prenda mia, que há algunos años que teneis en vuestro poder; para quitárosla os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena, y este pergamino.

Diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena que él tenía.

Asimismo conoció el pergamino, y alegre sobremanera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondió:

—Señor, la prenda que quereis quitar está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad, que yo creo que vuesa merced trata, y así le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego.

Y al momento fué á avisar al corregidor de lo que pasaba, y de cómo estaban dos caballeros en su posada, que venian por Costanza.

Acababa de comer el corregidor, y con el deseo que tenía de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo, y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apenas hubo visto á los dos caballeros, cuando abiertos los brazos fué á abrazar al uno diciendo:

—¡Válame Dios! ¡qué buena venida es esta, señor don Juan de Avendaño, primo y señor mio!

El caballero le abrazó asimismo, diciéndole:

—Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo: abrazad, primo, á este caballero, que es el señor don Diego de Carriazo, gran señor, y amigo mio.

—Ya conozco al señor don Diego,—respondió el corregidor,—y le soy muy servidor.

Y abrazándose los dos, despues de haberse recibido con grande amor y grandes cortesias, se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huésped, el cual ya tenía consigo la cadena, y dijo:

—Ya el señor corregidor sabe á lo que vuesa merced viene, señor don Diego de Carriazo: vuesa merced saque los trozos que faltan á esta cadena, y el señor corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que há tantos años que espero á que se haga.

Desa manera,—respondió don Diego,—no habrá necesidad de dar cuenta de nuevo al señor corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido á lo que vos, señor huésped, habreis dicho.

—Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber: el pergamino héle aquí.

Sacó don Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenía el huésped, que como se ha dicho eran E.T.E.L.S.N.V.D.D.R. respondian en el otro pergamino éstas: S.A.S.A.E.A.L.E.R.A.E.A., que todas juntas decian: *Esta es la señal verdadera.*

Cotejáronse luégo los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas.

—Esto está hecho,—dijo el corregidor: resta ahora saber, si es posible, quiénes son los padres desta hermosísima prenda.

—El padre,—respondió D. Diego,—yo lo soy; la madre ya no vive; basta saber que fué tan principal, que pudiera yo ser su criado; y porque como se encubre su nombre no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró á una aldea suya, y allí con recato y con honestidad grandísima pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta. Ordenó la suerte que un dia, yendo yo á caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta: cuando llegué á su alcázar, que así se puede llamar su gran casa, dejé el caballo á un criado mio; subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro: era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije:

—Vuesa merced, señora mia, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tengo bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan á vuestras voces, no podrán más que quitarme la vida; y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinion vuestra fama.

Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y á pura fuerza mia:

ella, cansada, rendida y turbada, ó no pudo ó no quiso hablarme palabra; y yo, dejándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio, que estaba dos leguas de la suya.

Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamas la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta; y podrá haber veinte dias que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un mayordomo desta señora: fui á ver lo que me queria, bien léjos de pensar en lo que me dijo: halléle á punto de muerte; y por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le habia sucedido, y cómo habia quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto habia venido en romería á Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo habia parido en esta casa una niña que se habia de llamar Costanza.

Dióme las señas con que la hallaria, qué fueron las que habeis visto de la cadena y pergamino, y dióme ansimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar á su hija.

Dijome ansimismo que el no habérmelos dado luégo como su señora habia muerto, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que, ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba adónde y cómo habia de hallar mi hija.

Recebi el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

A estas razones llegaba D. Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decian á grandes voces:

—Díganle á Tomas Pedro, el mozo de la cebada, cómo llevan á su amigo el asturiano preso; que acuda á la cárcel, que allí le espera.

A la voz de cárcel y de preso, dijo el corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba.

Dijeron al alguacil que el corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer.